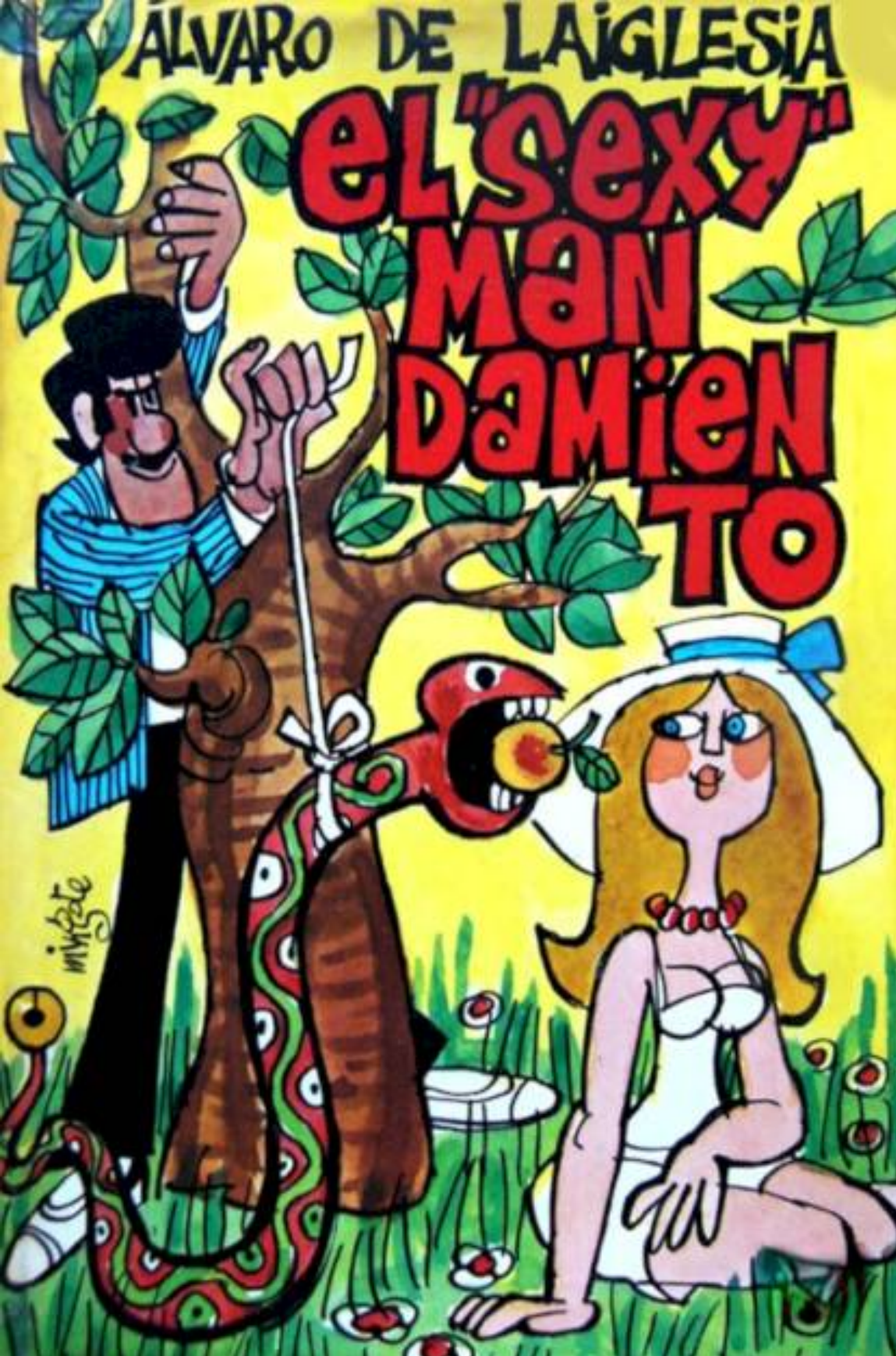


ALVARO DE LAIGLESIA

EL "SEXY" MAN DAMIEN TO



La maestría de Álvaro de Laiglesia, así en los relatos cortos como en las novelas de mayor extensión, es indudable y están unánimemente reconocida. En el presente libro, integrado por siete narraciones que preside un título sugeridor, el relevante escritor hace una vez más gala de su fecundo ingenio.

En ninguna de las historias que lo integran hay una sola línea desperdiciable. Breve, sucintamente, el autor desbroza el camino y presenta una rica variedad de asuntos realzados por su vivo interés actual. Todo cuanto ofrece hay modernidad lo aborda Álvaro de Laiglesia. En una ocasión, el amor complicado por un cerebro electrónico; otra, la evolución y presencia de un triángulo conyugal. No falta una novísima concepción del donjuanismo, vinculado en un nombre y un apellido predestinados: Juan y Casanova. A veces, burla burlando, la narración desemboca en un epifonema sorprendente: o bien se censura el desmedido orgullo profesional, o bien asoman a la vindicta pública los desafortunados afanes belicistas de una familia que así conculca los más blasonados principios de la caridad.

Álvaro de Laiglesia no se para en barras: su desenfadado humorismo resplandece aun ante los más abstrusos problemas y circunstancias.

EPITAFIO PARA UN HOMBRE SATISFECHO DE HA-
BER NACIDO:

«Aquí yace un enamorado de la Vida, que estaba dis-
puesto a amarla eternamente. Pero ella le abandonó».

ÁLVARO DE LAIGLESIA

UN AMOR MUY CEREBRAL

LA OFICINA DE AQUELLA SOCIEDAD, llamada «P.I.T.U.S.A.», era muy grande. Ocupaba una planta completa de un céntrico edificio, situado en el corazón del barrio comercial. En ella cabían cuarenta y ocho mesas con sus correspondientes sillas, alineadas en correcta formación de cuatro en fondo.

Cada fila, por lo tanto, si Pitágoras no engaña (que a mí hasta ahora nunca me ha engañado), se componía de una docena de mesas y otras tantas sillas.

No obstante, pese a esta abundancia de puestos de trabajo, la oficina tenía en plena jornada laboral un aire triste y abandonado de día festivo. Porque sólo en la primera mesa de cada fila trabajaba un oficinista. Las cuarenta y cuatro restantes estaban vacías, con sus superficies desnudas y sus sillas sin ocupar. Ni un solo detalle que las animara un poco: ni un papel; ni un tintero; ni un vaso de café con leche; ni uno de esos floreritos que las mecanógrafas traen de sus casas para poner en ellos un manojito vegetal.

Al entrar en aquella sala inmensa y casi desierta, se tenía la impresión de que «P.I.T.U.S.A.» estaba al borde de la quiebra, motivo que había obligado a la sociedad a reducir drásticamente sus plantillas de personal administrativo. Tan drásticamente, que sólo sobrevivieron al desastre de la reducción tres empleados varones y una secretaria.

Pero fijándose mejor, había que rectificar esta impresión inicial. Porque al fijarse mejor, se descubrían en las paredes grandes gráficos que registraban el rendimiento y los beneficios de la empresa. Y las curvas de todos estos gráficos

ascendían vertiginosamente, demostrando que «P.I.T.U.S.A.» prosperaba a un ritmo fantástico.

Por otra parte, no hacía falta fijarse mucho para descubrir otro elemento demostrativo de aquella prosperidad: el computador. Y no hacía falta fijarse mucho, porque era imposible que la mole de aquella maquinota pasara inadvertida. Ocupaba un sitio de honor frente a la formación de mesas, como el que ocupa el maestro en un aula escolar.

No en balde era uno de los cerebros electrónicos más perfectos y completos que existían en el mundo. Su corpa-chón de metal gris impresionaba como un barco de guerra. No tenía cañones, pero sí unas bocas negras igualmente impresionantes.

Por una de esas bocas, vomitaba fichas. Por otra se las tragaba. Y por una tercera, la mayor y más impresionante, daba todos los datos que tenía almacenados en su memoria prodigiosa. Los daba con voz humana, grave y varonil, gracias a la última y más trascendental conquista de la cibernética: el cerebro parlante.

El sistema empleado para lograr este resultado fantástico, parecía francamente diabólico, pero era rigurosamente científico. Y bastante fácil de entender sin haber tenido que cursar estudios especiales: dentro del computador, cada palabra había sido grabada en una cinta magnetofónica independiente. Miles y miles de cintas minúsculas, por lo tanto, estaban archivadas en la memoria del computador a disposición de su poderosa inteligencia eléctrica. Y cuando el trabajo que se le había programado le obligaba a decir algo, o cuando le daba la gana decirlo porque le salía de los circuitos, él seleccionaba automáticamente en ese archivo las palabras que le convenían, para soltarlas por el altavoz.

Con lo cual, a aquel computador le quedaba pequeño el máximo elogio que siempre ha existido para ensalzar la perfección de una máquina:

—Sólo le falta hablar.

Porque él también hablaba.

E incluso veía a su manera, a través de una enorme célula fotoeléctrica que brillaba en lo alto de su estructura metálica. Esta célula, redonda y provista de un párpado que acentuaba su parecido con un ojo, completaba el aspecto inquietante de aquel monstruo mecánico.

A esa oficina llegó también la primavera, en forma de unas flores que la secretaria había traído para adornar su mesa. Adorno en realidad superfluo, pues bastante adornada estaba ya la mesa con aquella secretaria tan guapa. Nuria, que así se llamaba, era una chica capaz de pasar cualquier examen de secretariado sin saber nada: dejando simplemente que el tribunal la examinara de pies a cabeza. Porque muy bruto e injusto tendría que ser el tribunal para no otorgar a la examinada estas calificaciones:

Busto: sobresaliente.

Rostro: notable.

Tipo: aprobado.

Resumen: carrocería digna de ostentar una matrícula de honor.

Esta criatura fuera de serie ocupaba la primera mesa de la hilera situada junto a la pared en que se abría el largo ventanal que daba luz a toda la oficina. Era lógico que los tres empleados varones, ocupantes de las mesas situadas en cabeza de las otras hileras, hubiesen cedido el sitio mejor y más iluminado a la única mujer.

En la mesa más próxima a la de Nuria trabajaba Eduardo, su novio, hombre joven, de inteligencia tan despejada como su frente. Frase llena de astucia, como puede observarse, pues me permite elogiar el talento de este empleado y señalar al mismo tiempo su calvicie. No muy avanzada aún, pero sí en fase inicial prometedora de rápido desarrollo.

Don Arturo, que se sentaba en la mesa contigua a la de Eduardo, era un hombre mediano en todos los sentidos: mediana edad, mediana estatura, mediana inteligencia. Un típico producto de la clase media, que produce, como su nombre indica, gran cantidad de medianías.

La reducida plantilla de aquella amplísima planta oficinas terminaba en el señor Roldán. Él era el cuarto y último habitante de aquella formación de mesas deshabitadas. Mucho mayor que sus tres compañeros, podía decirse que el señor Roldán estaba a las puertas de la vejez. Aunque él hacía todo lo posible para no entrar en ella, luchando contra las fuerzas adversas que pretendían jubilarle.

Hecha la descripción del escenario y los personajes, la historia puede empezar.

Y empieza así:

Era una tarde de primavera, como podía adivinarse al ver las flores en la mesa de Nuria. Pero Eduardo, demasiado absorto en su trabajo, no se había fijado en ellas. Y al verlas, preguntó:

—¿Qué significan esas verduras?

—No son verduras —corrigió la secretaria—, sino flores. De las primeras que han llegado a la ciudad después del invierno.

—Se nota —observó Eduardo—. Están todavía bastante raquíticas.

—A mí me gustan y por eso las compré.

—Pues con tu pan te las comas.

—No las he comprado para comérmelas, sino para verlas —corrigió ella—. Sabes de sobra que me encantan las flores. Y me extraña que, sabiéndolo, nunca se te haya ocurrido regalarme ni un mísero ramillete.

—Ni se me ocurrirá jamás. No quiero fomentar tu afición a las cosas inútiles.

—Para ti, todo lo bonito es inútil. Gracias a lo cual nunca me regalas nada.

—No es cierto. ¿Qué me dices del paraguas que te regalé el día de tu cumpleaños?

—Te digo que era feísimo.

—Todo lo feo que quieras, pero útil. Y eso es lo único que cuenta al hacer una compra: la utilidad. Por eso no te compro flores, ni bombones, ni ninguna de esas tonterías que son como tirar el dinero por la ventana.

—Por eso, y porque no eres nada romántico.

—¡Pues claro que no soy nada romántico! Soy un hombre práctico, y quiero que tú seas práctica también. Sólo así podremos ahorrar lo suficiente para casarnos. Pero si tú derrochas en caprichos superfluos...

—¿Llamas derroche a un capricho de seis duros?

—Lo llamo derroche pequeño, pero derroche al fin y al cabo. No sólo por la cuantía, sino por el síntoma. Porque si hoy tiras treinta pesetas a la calle, puedes acostumbrarte a tirar mañana trescientas, y pasado tres mil. Y en una economía como la nuestra, que tendrá que estar calculada al céntimo, cualquier locura de esa clase podría ser fatal.

—Tampoco hay que exagerar.

—No exagero en absoluto —siguió razonando Eduardo—. La vida está cada día más difícil. Es cierto que por ahora no podemos quejarnos, ya que ambos estamos colocados y cobramos dos sueldos a fin de mes. Pero no hay que hacerse ilusiones. El futuro no nos traerá una mejoría de nuestra situación, pero sí es bastante probable que nos traiga un empeoramiento.

—¿Por qué? —preguntó Nuria, incrédula.

—Mira atrás y tendrás la respuesta. Fíjate en la cantidad de mesas que han ido quedando vacías en esta oficina. Hace sólo un año, estaban todas ocupadas. Éramos cuarenta y ocho empleados administrativos en esta sección. ¡Cuatro docenas completas, date cuenta! Cuatro docenas de seres

humanos que creían tener el porvenir resuelto. Tú entonces no habías llegado aún.

—No —dijo Nuria—. Yo trabajaba en la secretaría del Director, con otras siete secretarias. Pero también en esa sección se redujo el personal, y me mandaron aquí.

—No puedes imaginarte lo llena de vida que estaba en aquella época esta oficina. ¿Verdad, don Arturo? —añadió volviéndose a su compañero de la mesa contigua para que confirmara sus palabras.

Don Arturo suspiró antes de decir, levantando la vista de unas fichas en las que estaba trabajando:

—No me lo recuerde. Prefiero no volver la cabeza, para no ver tanta desolación a mis espaldas. Antes, señorita Nuria, daba gloria trabajar aquí. Los papeles volaban de mesa en mesa, como grandes mariposas. Y las máquinas de escribir ametrallaban el aire con su tableteo. Los ordenanzas iban y venían llevando documentos de un lado a otro, y sirviendo vasos de café con leche a todos los empleados. Y como éramos tantos, siempre nos quedaba un rato libre para leer el periódico, o para echar un párrafo con algún compañero, o para rellenar una quiniela. Pero empezó la escabechina, y ya lo ve usted: sólo hemos quedado cuatro gatos.

—Cuatro gatos por ahora —intervino el señor Roldán, mientras abría un cajón de su mesa—. Porque pronto serán sólo tres.

—¿Tres? —repitió Eduardo, preocupado—. ¿Quién se lo ha dicho?

—No hace falta que nadie me lo diga —dijo el señor Roldán sacando una botella del cajón—. Basta para saberlo con haber seguido el curso de la escabechina. El computador ha ido reduciendo el personal a razón de un empleado por semana. Es el tiempo que necesita ese monstruo electrónico para incorporar a sus mecanismos el trabajo de un hombre. Una vez programada su tarea dentro de la máquina, el hombre deja de ser necesario y es despedido. Así

viene ocurriendo desde hace meses, con precisión matemática.

—Es cierto —tuvo que reconocer don Arturo.

—¡Claro que lo es! —continuó el señor Roldán—. Todos los jueves, un empleado encuentra encima de su mesa un sobre siniestro. Un sobre en el que se le ruega pase por caja a recoger su liquidación. Los jueves de las tres últimas semanas fueron cayendo uno por uno los tres compañeros que se sentaban detrás de nosotros. ¿Es verdad o no?

—Sí —suspiró de nuevo don Arturo—. El jueves pasado le tocó al señor García, que se sentaba precisamente detrás de usted.

—¡Pobre señor García! —recordó Eduardo, suspirando también—. Al recibir el sobrecito nefasto, se puso a llorar como un niño. ¡Le pilló tan de sorpresa...!

—Porque era un tontaina —dijo Roldán.

—Nada de tontaina —le defendió don Arturo—. Era precisamente uno de los empleados más eficientes que tenía esta oficina. Por eso le sorprendió que le despidieran.

—Por eso mismo también, por haberse sorprendido, digo yo que era un tontaina —insistió el señor Roldán—. ¿Acaso no había visto, como todos los demás, que el computador no ha respetado a nadie? Empleados más antiguos y más eficientes que él cayeron inexorablemente por riguroso turno. Lo mismo que caeré yo el próximo jueves. Porque esa máquina infernal no tiene sentimientos.

—¿Cómo puede tenerlos un cerebro electrónico —convino Eduardo—, que sólo entiende de cifras?

—Siete millones ciento veinte mil —dijo en aquel momento el altavoz del computador, mientras su ojazó emitía destellos anaranjados—. Siete millones ciento veinte mil.

—Parece que nos ha oído —comentó Eduardo.

—Es un dato estadístico que yo le pedí hace un rato —aclaró don Arturo, anotando las cifras que el computador había suministrado—. Pero también a mí me da a veces la impresión de que ese chisme oye lo que decimos.

—Puede que no sólo nos oiga, sino que incluso nos vea con su ojo único —siguió fantaseando Nuria—. Ese ojo grande y parpadeante, como el de la Providencia que dibujan en los catecismos, es el detalle que más me impresiona del computador.

—Pues yo me alegraría de que ese monstruo pudiera ver y oír —dijo el señor Roldán, después de beber un largo trago de la botella que había sacado del cajón—. Porque me plantaría delante de él para decirle cuatro cosas.

—¿Qué cosas le diría usted?

—La primera, que yo no me echaré a llorar como ese desgraciado de García, ya que a mí el despido no me pillará de sorpresa. Lo veo venir y ya estoy preparado. Hace tiempo que me estoy preparando con botellas como ésta. A primera vista parece que está llena de agua, ¿verdad? Pues no, queridos compañeros: este líquido es incoloro, pero no inodoro ni insípido. Su olor tira para atrás y sabe a rayos, porque es ginebra pura.

—¡Por Dios, señor Roldán! —se escandalizó don Arturo—. ¡No lo puedo creer!

—¿Quiere usted probar? —le invitó el dueño de la botella.

—No, gracias. Lo que me parece increíble no es que esa botella contenga ginebra, sino que usted haya recurrido a ese procedimiento tan cobarde para afrontar su porvenir.

—¿Ha dicho porvenir? —preguntó el señor Roldán soltando una carcajada—. ¡Qué gracioso! ¡No sabía que don Arturo tuviera tanto sentido del humor! Entre usted y la ginebra, voy a pasar estupendamente mis últimas horas en esta oficina.

—No le veo la gracia —gruñó don Arturo.

—Resulta graciosísimo hablarle del porvenir a un hombre que ya no lo tiene —siguió riendo forzosamente el señor Roldán—. ¿Adónde quiere que vaya cuando me echen de aquí, con mis cincuenta y ocho años a cuestas? ¿Cree

de veras que a esta edad se tienen ánimos para emprender una nueva vida? ¡Contésteme, don Arturo! O mejor que me conteste el que tiene la culpa de que me despidan.

Y encarándose con el computador, el señor Roldán le increpó:

—Si ves y oyes, responde: ¿te das cuenta de lo que has hecho con tu maldita sabiduría? Has dejado en la calle a docenas de hombres que dedicaron sus vidas a esta empresa. ¿Qué podemos hacer ahora? ¡Contesta, monstruo! ¿Quién querrá cargar con nosotros? Aún servimos para trabajar, pero nuestro trabajo no interesa. Vosotros nos habéis quitado el pan. En las oficinas ya no quieren hombres como yo, sino máquinas como tú. Pero a ti no te importa, asqueroso artefacto. ¿Sabes cuántos oficinistas hay en el mundo que se han quedado cesantes por culpa de los computadores?

—Siete millones ciento veinte mil —volvió a decir el altavoz.

—¡Dios mío! —exclamó Nuria—. ¡Le ha contestado!

—No, mujer —aclaró Eduardo—. Eso no ha sido una respuesta a la pregunta del señor Roldán, sino una repetición del dato estadístico que dio anteriormente.

—Pues parecía que le contestaba —dijo ella—. Y me he llevado un susto...

—También yo —confesó don Arturo—. Aunque parezca mentira, el alcohol que ha bebido el señor Roldán nos ha puesto nerviosos a todos.

—A mí no —dijo el borrachín, que acababa de echar otro traguito—. A mí el alcohol me calma los nervios y me hace olvidar el dolor enorme que se me viene encima. Porque hoy es martes.

—¿Y qué?

—Pasado mañana habrá un cesante más en esta ciudad —y subrayó la frase con un nuevo trago—. Desde el jueves, ya no tendré nada que hacer ni adónde ir. ¡Por tu culpa,

puerco! —gritó, encarándose otra vez con el computador—. ¡Me cago en tu madre!

—Pero ¿qué está diciendo? —le miró Eduardo, asombrado—. ¿Se ha vuelto loco?

—¡La que se ha vuelto loca es la Ciencia pariendo este engendro! Y si por culpa de este engendro me echan a la calle, yo tengo derecho a cagarme en la ciencia que lo parió. ¿Quién me lo puede impedir?

—Nadie —convino Eduardo—. Pero el sentido común...

El señor Roldán le interrumpió:

—Al engendro le falta corazón para reaccionar ante un insulto. Y para sufrir por el daño que hace a los demás. La maldita ciencia electrónica puede engendrar cerebros, pero no corazones. Ésa es la única diferencia que existe todavía entre nosotros y los «robots»: que nosotros podemos cagarnos en sus madres, porque ellos carecen de sentimientos para ofenderse y rompernos la cara.

—Yo no estoy tan segura de que este computador carezca de sentimientos —opinó Nuria, mirando a la parpadeante célula fotoeléctrica del aparato.

—¡Vamos, rica! —se burló Eduardo—. ¿También tú empiezas a disparatar?

—No es ningún disparate —insistió ella—. Cuando el señor Roldán le llamó engendro y ofendió a su madre, yo juraría...

—¿Qué? ¡Anda, sigue disparatando!

—Juraría que los destellos anaranjados de su ojo único cambiaron de color: adquirieron un tono rabiosamente rojizo, como si los insultos le hubieran ofendido.

—¡Eso sí que sería el colmo de la perfección! —siguió burlándose su novio—. Para que fuera perfecto del todo, sólo faltaría que le saliera de pronto un brazo mecánico y le rompiera la cara al señor Roldán.

—¿Un brazo mecánico? —se asustó éste, alejándose del computador—. ¿Dónde?

—No tenga miedo —le tranquilizó Eduardo—. Son figuraciones de la señorita Nuria.

—Lo del brazo se te ha ocurrido a ti —puntualizó ella—. Yo sólo he dicho que el ojo del computador enrojeció de rabia cuando le mentaron a su madre.

—Dicen que la primavera la sangre altera —la disculpó su novio—, y puede que tu sangre alterada te haga ver visiones.

—Pues yo —intervino don Arturo— no tengo ya edad de sufrir alteraciones sanguíneas primaverales. Y sin embargo, también yo juraría que este chisme no es del todo indiferente a lo que ocurre a su alrededor.

—Pues eso es grave, don Arturo —opinó Eduardo sin abandonar su tono de guasa.

—¿Por qué?

—Es síntoma de que empieza usted a chochar.

—Desde luego —estuvo de acuerdo el señor Roldán—. Aunque a mí van a echarme antes, es evidente que chochea más que yo.

—Puede ser —admitió él humildemente—. Pero también es posible que los años me hayan hecho más observador. Y quizá por eso yo he podido hacer alguna observación que ustedes pasaron por alto.

—¿Qué observación? —le desafió Eduardo, incrédulo.

—Ficha defectuosa —empezó a decir entonces la voz grave del computador—. Revisen fichero... Ficha defectuosa... Revisen fichero...

—¡Ésta, por ejemplo! —dijo don Arturo, señalando al computador—. Observe usted el detalle: siempre que nosotros hacemos una pausa en el trabajo y nos ponemos a charlar, él inventa algún pretexto para que volvamos a trabajar.

—Es cierto —le dio la razón Nuria—. También ayer, cuando estábamos charlando, nos interrumpió diciendo que nos habíamos equivocado en una suma. Y tuvimos que suspender la charla para buscar el error.

—¡Bah! —rechazó Eduardo—. Ésa fue una casualidad.

—¿Y ésta también? —dijo don Arturo.

—¡Pues claro! —razonó el joven—. Que el computador haya encontrado en este momento una ficha incorrectamente perforada es un percance casual.

—Son muchas casualidades...

—No saquemos las cosas de quicio. Yo admiro a esta máquina por lo bien que trabaja. Pero de eso a suponer que además nos vigila para que trabajemos nosotros...

—Eso es absurdo —dijo el señor Roldán, sacándose de la boca el gollete de la botella y mirando con odio al computador—. Lo que busca este monstruo mecánico es precisamente lo contrario: que no trabaje nadie más que él. Si lo que quiere es echarnos, ¿para qué va a vigilarnos?

—Puede que yo esté equivocado —admitió don Arturo con su acostumbrada humildad—. Pero tengo la impresión de que la capacidad intelectual de este cerebro es tan grande que rebasa los límites de sus circuitos internos y alcanza también al mundo que le rodea. Cuando hacemos algo mal, parece que se enfada.

—Ficha defectuosa —dijo de nuevo el computador—. Revisen fichero.

—Escúchenle —rogó don Arturo a sus compañeros—. ¿No suena ahora su voz como si estuviera enfadado?

—Vamos, no se sugestione —le aconsejó Eduardo—. Quítele la ficha defectuosa que se le ha atragantado, y seguirá funcionando sin protestar.

—Eso es cosa del señor Roldán —dijo don Arturo—. Del fichero se ocupa él.

—Me ocupaba —corrigió el aludido encogiéndose de hombros—. Porque si van a echarme dentro de tan pocas horas, ya no pienso ocuparme de nada.

—Pero si no retira usted esa ficha que entorpece el circuito —le advirtió Eduardo—, el computador tendrá que interrumpir su programa.